

# El rincón misionero

Ana G<sup>a</sup> Castellanos



ilustrada por Paz Rodero

## En el hospital de Malabo

Por la mañana, el padre Alberto salió temprano y caminó durante una hora para visitar a los enfermos del hospital Loeri Comba, como hacía todos los sábados.

En el maletín llevaba el traje de protección, pues desde que empezó la pandemia, pasaba a la planta de los internados por coronavirus. Aunque parecía que la enfermedad se estaba venciendo, había que andar con cuidado.

Fue visitando, cama por cama a todos los enfermos. A cada uno le llevaba algo de comida, algún regalo que le encomendaba la familia, y sobre todo, la esperanza y su sonrisa.

En las visitas solía acompañarle el doctor Wenceslao Masogo, al que conocía desde hacía muchos años.

Al llegar a la tercera planta se dispusieron a ponerse los trajes de protección.

En la puerta de la sala les esperaba una niña... Enseguida la reconoció.

- ¡Maitel! La mejor soprano de nuestro coro! ¿Qué haces aquí?
- Padre Alberto, – dijo la niña con la voz entrecortada – sabía que lo encontraría. Mi mamá está ingresada. Ha estado muy grave por el virus. Dice el doctor que quizás hoy le den el alta. El doctor sonrió:
- Tú debes ser la hija de Teresa Okenve – ...Tu mamá es muy fuerte. Ha estado muy malita, pero ha conseguido superar la enfermedad. El lunes podrá salir del hospital.

La pequeña soprano meneó la cabeza:

- Sí, claro que sí. Hemos pasado miedo por ella... Pero ahora hay un gran problema.

El dominico interrogó con la mirada al doctor.

- Teresa no puede volver directamente a casa. – explicó el doctor Masogo – Es un problema que se repite. Los que vencen la enfermedad, deben guardar cuarentena, no pueden tomar contacto con sus familiares, por precaución, en unas semanas.
- ¡Pero mucha gente no tendrá donde ir!
- Ese precisamente es el problema. No tienen dónde quedarse, ni quién los atienda, pues aunque salen del hospital, están débiles, y necesitan ayuda.
- En casa – explicó Maite – está mi hermanito, de 4 años, mi abuela, que es anciana...
- Claro, a ellos no podrá acercarse tu mamá en unas semanas – entendió el padre Alberto.
- Por la noche, mi papá sale a pescar, y yo voy con él por la mañana a vender el pescado... ¿Quién podrá atender a mi mamá? ¿Y dónde podrá alojarse?
- Cuando el padre Alberto llegó junto a su cama, Teresa, la mamá de Maite le sonrió incorporada sobre la almohada: – Padre Alberto – dijo – yo sé que Papá Dios no nos abandona. Dile a Maite que no deje de ir a la escuela y que ayude a su abuela, que encontraremos una solución.

De vuelta a casa, el padre Alberto amasaba en el corazón las preguntas que le había hecho Maite: ¿Dónde podría alojarse Teresa? ¿Quién la atendería?

Aquella misma tarde convocó una reunión en el patio. Venancio, Laura, Mamá Esther y Jonás, con mascarillas y alejados dos metros entre sí, escucharon la propuesta del párroco:

- Podríamos habilitar la casita de los voluntarios para personas convalecientes del virus.
- Habría que tomar todas las precauciones – advirtió Laura.
- Eso es. Nos haríamos trajes de protección, mantendríamos las medidas de desinfección... – iba pensando en alto Jonás.
- ¡Y con las comidas que les prepararé, van a salir más sanos que ninguno de vosotros! – exclamó Mamá Esther, y todos se rieron un montón.
- Laura empezó a tomar nota de todo lo que había que hacer: – El lunes estará preparada la habitación para la mamá de Maite.
- Después iremos preparando el resto – añadió Venancio.

El domingo, tras la misa, El padre Alberto pidió voluntarios para preparar las veinte camas de la casita.

Se apuntaron jóvenes y adultos para traer alimentos suficientes, para la limpieza... para todo lo que fuera necesario. En especial, para escuchar y animar a los convalecientes.

- Todos podréis venir pero antes el doctor Masogo vendrá a explicarnos las precauciones que debemos tomar. Y, si de momento no podemos comprar trajes de protección, necesitaremos voluntarios para hacérselos con bolsas de basura, pantallas, telas y demás.

Todos se pusieron manos a la obra.

Parecía imposible, pero en el corazón de todos, resonaban las palabras de la mamá de Maite: “Papá Dios no nos abandona”.

CONTINUARÁ